DONNE CHIESA MONDO

L'OSSERVATORE ROMANO—EDICIÓN ESPECIAL EN ESPAÑOL – NÚMERO 37 – JUNIO 2018

Con la colaboración de
Universidad Pontificia
de Salamanca

SE179478

SUPLEMENTO
Vida Nueva

Editorial

Santas musulmanas

«Layla y Majnun»
Alfombra azerí

Con el número de junio empezamos nuestro séptimo año de vida, entre continuidad e innovaciones. Forma parte de esa continuidad la elección, cada número, de un tema para profundizar, y ahora esta profundización va a perfeccionarse: volveremos de nuevo sobre algunos temas, como nos han pedido más de una vez. Comenzamos este número retomando el asunto mujeres e islam, argumento que empezamos a tratar hace algunos meses, y que pensamos profundizar también en el futuro, en cuanto cuestión de gran actualidad, centro de muchas discusiones y a menudo de equívocos y malentendidos.

También ahora sacamos a la luz un islam diferente al que hoy imaginamos, un islam abierto a importantes presencias espirituales femeninas, como explica Samuela Pagani en su programático artículo. El descubrimiento de las presencias femeninas no marginales en la tradición islámica será una línea roja para dibujar también en el futuro; pero prometemos afrontar temas de inmediata actualidad, como la presencia de mujeres en la yihad y las conversiones de mujeres occidentales al islam.

Proponemos también auténticas novedades: dos nuevas secciones, muy diferentes entre sí, que sustituyen a la santa del mes y a la artista: *Mujeres de valor* y *Consagradas*.

Con *Mujeres de valor* –expresión bíblica– tratamos de ofrecer breves, pero intensas biografías de mujeres que han tenido un peso en la historia, tanto católicas como no católicas, santas y laicas. Pensamos así traer a la atención de las lectoras y los lectores mujeres poco conocidas, o de las que se ha perdido el recuerdo injustamente.

Como bien saben nuestros lectores, siempre hemos tratado de dar voz a las mujeres consagradas que contaban sus experiencias y sus reflexiones, pero desde este número la colaboración con ellas se convertirá en continuada. Con la nueva columna *Consagradas* queremos, de hecho, abrir una discusión sobre los problemas que deben afrontar hoy las religiosas, desde la crisis de vocaciones a las nuevas propuestas misioneras, de una necesaria e inédita reflexión sobre el ser mujeres y religiosas, a un examen del lugar que ocupan en la vida de la Iglesia. Tenemos la suerte de poder confiar esta nueva columna a una religiosa de amplia cultura y de gran experiencia, sor Nicla Spezzati, que ha sido durante siete años subsecretaria de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. *(Lucetta Scaraffia)*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por Lucetta Scaraffia

En redacción
Giulia Galeotti
Silvina Pérez

Consejo de redacción
Catherine Aubin
Mariella Balduzzi
Elena Buia Rutt
Anna Foa
Marie-Lucile Kubacki
Rita Mboshu Kongo
Samuela Pagani
Margherita Pelaja

Esta edición especial
en castellano
(traducción de Rocío Lancho)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Esperanza real para las musulmanas de hoy

Las fuentes sufíes ofrecen recursos para reivindicar la dignidad de la mujer

de SAMUELA PAGANI

En la conclusión de su monografía sobre Râbi'a al-'Adawiyya, la gran mística de Basra fallecida en 801, la estudiosa inglesa Margaret Smith escribía: «Las mujeres santas son una multitud […]. Estas representan sin duda la altura más sublime que la mujer musulmana puede alcanzar. Por el respeto que los hombres musulmanes les han demostrado y por el ejemplo que ofrecen a las mujeres musulmanas, se puede cultivar la esperanza real de que también para las mujeres musulmanas de nuestro tiempo existe la posibilidad de avanzar hacia un estándar más alto de vida religiosa y social».

La primera edición del libro de Margaret Smith es de 1928. En ese tiempo, también empezaba a estar amenazado el poder de los santos y de las santas sobre las conciencias de los fieles, y la importancia de sus santuarios en el paisaje de las ciudades y de los campos era mucho mayor de lo que es ahora. Las transformaciones que han invertido el mundo islámico contemporáneo coinciden en gran medida con el crepúsculo de los santos, por retomar el título del libro de James Grehan (2014) sobre la religión popular en la Siria y Palestina otomanas entre el siglo XVIII y el inicio del siglo XX. A partir de esta época, nueve divisiones territoriales han rediseñado, más allá de los confines políticos, la geografía sagrada y el imaginario de las personas. A los dos extremos del antiguo imperio otomano, después de la primera Guerra Mundial, los mausoleos de los santos fueron transformados en museos, como en la República turca, o completamente arrasados, como en Arabia Saudí. En otros países de la región, donde la discontinuidad no fue tan brutal, la fe en los santos perdió influencia social y prestigio intelectual frente al surgimiento de ideologías secularizantes y fundamentalistas. El desencanto de los nuevos intelectuales está recogido en su dimensión dramática en una novela ejemplar del escritor egipcio Yahya Haqqi, La lámpara de Umm Hâshim, publicada en 1944. La lámpara del título es la que está suspendida bajo la cúpula de la mezquita de Sayyida Zaynab, que domina el pobre barrio de El Cairo donde vive la familia de Ismâ'îl, formada por los padres y una prima huérfana. Cuando Ismâ'îl, nada más regresar de Londres, donde estudió medicina durante siete años, descubre que la madre usa el aceite bendecido de la lámpara para curar los ojos enfermos de la prima, se precipita furioso a la mezquita y destruye la lámpara con un palo. Ismâ'îl realiza su gesto iconoclasta en nombre de la "ciencia" contra la "superstición". Para los nuevos liderazgos secularistas, como para los teólogos que condenan el culto de los santos, la "superstición" del pueblo es una desviación de la verdad que debe ser corregida, si es necesario, con medios violentos.

«El desmayo de Layla y Majnun» (Nezami, Khamsa 1550-1660)

En el contexto de una modernización de lo alto, el crepúsculo de los santos conlleva en efecto una disminución del poder de las clases populares, dado que en el islam la santidad es en primer lugar vox populi, un reconocimiento a lo bajo que a menudo confiere autoridad a las personas más humildes. Ni es un ejemplo la difundida veneración a las santas, a pesar de la presencia discreta de las mujeres en las fuentes escritas. La figura, ciertamente literaria, de Su'ûd, la maestra de Dhû l-Nûn muerta en el 859 y descrita en este número por Francesco Chiabotti, acumula varias marginalidades comunes a otras figuras de mujeres santas: no solo ex esclava y negra, sino ex cantante y cortesana.

El rol activo del pueblo en la creación de los santos no conlleva necesariamente un conflicto con la teología

de las clases literarias. Como muestra más adelante el artículo de Nelly Amri, la teoría de la santidad elaborada por Ibn ‘Arabi, que justifica la posibilidad que tiene una mujer de alcanzar el grado más elevado de la santidad y también de ser profeta, suministró al autor anónimo de la hagiografía de la santa tunecina Mannûbiyya, el cuadro conceptual que le permite consagrar con un libro de culto de una «secuestrada en Dios» que había desafiado en su vida las reglas de la separación entre los sexos, suscitando severas condenas por parte de sus contemporáneos.

El éxito del sufismo hasta el periodo moderno se debe precisamente a su papel de puente entre la fe popular y la teología, y también entre la cultura profana y la religiosa, la imaginación poética y la facultad visionaria.

Además de con el debilitamiento de los amplios estratos de la población excluidos de los beneficios de la modernización, el crepúsculo de los santos coincide con la crisis de la autoridad unida, en la cultura islámica, a la noción de santidad. Tarbiya, el término árabe para educación, de un verbo que significa “educar”, “crecer”, está semánticamente cerca del latín auctoritas, derivado del verbo augeo. El carácter generativo de la transmisión de la conciencia está simbolizado por la lactancia. El maestro sufí es de hecho representado a veces como una nodriza. Unido a otro símbolo femenino está la capacidad del profeta de acoger con un corazón virgen el descenso de la Palabra divina. Esta es, según algunos comentaristas, la explicación del epíteto ummî (más a menudo entendido como “analfabeto”) que le es atribuido en el Corán (7, 157). En su comentario sobre este versículo, Baghawi (muerto en 1122) cita una tradición que sugiere que esta facultad profética es accesible a todos los creyentes. Según esta tradición, Dios anuncia a Moisés la llegada de la comunidad de los creyentes musulmanes, describiéndoles así: «Pondré mi Presencia Pacificadora (sakîna, equivalente del hebreo shekinah) en sus corazones, y ellos recitarán la Torah de memoria, leyéndola en sus corazones: la recitarán el hombre y la mujer, el libre y el esclavo, el pequeño y el grande».

‘Abdallâh Ibn Mas‘ûd, el compañero del profeta de orígenes humildes a quien se le ha reconocido una particular autoridad para su comprensión del Corán con la inteligencia del corazón, era llamado Ibn Umm ‘Abd, el “hijo de la madre de un siervo”, apodo que hacía referencia a su filiación de la madre en vez de la del padre, porque solo la madre gozaba de prestigio religioso, por su fe y su familiaridad con el profeta. Según Ibn Mas‘ûd, el Profeta habría dicho: «Dios no santificará (yuqaddisu) un pueblo que no da al débil su derecho». Él mismo habría descrito a los amigos de Dios como aquellos que «piden la lluvia y son escuchados, hacen germinar la tierra, rezan contra los tiranos, que están rotos, y mantiene alejadas las desgracias». La “intimidad” (uns) con Dios da a sus amigos la valentía de hablarle con libertad sin precedentes en sus oraciones de intercesión. Otro fruto de esta intimidad es la confianza de los animales, un tema que a menudo aparece en la hagiografía de los ascetas musulmanes del período más antiguo.

«Ahmad Ghazzali con un discípulo» (Los encuentros de los amantes, 1552)

Se dice de Râbi‘a que los animales ya no huyen de ella por su total abstinencia de carne de animal. De la esclava negra Maymûna al-Sawdâ’ se dice que llevaba las ovejas al pasto y mientras rezaba, estas se mezclaron sin miedo con los lobos. El asceta Abd al-Wâhid ibn Zayd (que murió en 793) había ido a buscarla después de escuchar a una mujer encerrada en un manicomio que Maymûna sería su esposa en el paraíso. La había encontrado vestida con una túnica bordada con las palabras «no se compra y no se vende». En esta historia, como en el idilio entre Su‘ûd y Dhû l-Nûn, la intimidad con Dios restablece, junto con la amistad entre el hombre y el animal, la de la mujer y el hombre, desencadenando el núcleo de violencia inherente a las relaciones de dominio.

«Layla y Majnun» (alfombra azerí)

No es sorprendente que las fuentes sufíes continúen ofreciendo recursos a estudiosas y pensadoras musulmanes comprometidas con volver a conectar el discurso moderno sobre los derechos y la dignidad de las mujeres con el patrimonio clásico. Esto permanece actual no solo porque da voz a un ideal de igualitarismo, sino por su capacidad para escenificar el conflicto permanente de este ideal con las profundas fuerzas sociales y psicológicas que dificultan su realización.

El ermitaño y la esclava

La historia de Su`ûd invita a buscar el conocimiento en lo humano, pero nunca separado de Dios

de FRANCESCO CHIABOTTI

«Majnun y animali» (1600)

Retirarse del mundo puede constituir un peligro mucho más serio que el mundo mismo. La soledad, creer junto con Dios, oculta el mal invisible de la ilusión de esa cercanía mística. ¿Cómo creerse cerca de Dios, lejos de sus criaturas? Cuando aparecieron los primeros textos de misticismo islámico, sus redactores tuvieron que transformar en doctrina y pedagogía espiritual una larga serie de experiencias que habían atravesado los primeros siglos del islam. De ahí que el retiro del mundo se ve como un primer paso en el camino del discípulo, y las condiciones se establecen allí. La primera es esencial: uno no se retira del mal del mundo, se retira del mundo el propio mal. La siguiente historia se atribuye a un personaje enigmático de misticismo islámico.

Dhu l-Nûn de Egipto es un maestro del siglo IX. Nació y murió cerca de El Cairo, pero pasó la mayor parte de su vida en constantes peregrinaciones, dejando que un camino nunca trazado fuera ocasión de encuentros extraordinarios. Sus enseñanzas se han transmitido oralmente, un proceso que, ciertamente, hizo posibles las atribuciones apócrifas, pero únicamente la incertidumbre filológica no es suficiente para explicar y comprender el inmenso número de eventos de los que él fue protagonista. En su singularidad hizo escuela, y hay una coherencia de fondo en el personaje que la tradición ha transmitido, en la pluralidad de ciencias que encarnó, desde la ascesis hasta los comienzos de la mística, desde las opiniones jurídicas a las ciencias más ocultas. Su propio nombre, Dhu l-Nûn, "el hombre de la carta nûn" es una reminiscencia coránica de la figura de Jonás y la ballena, historia de diluvio y salvación. Fueron numerosas las mujeres que, a pesar de la brevedad de los encuentros, demostraron ser fundamentales en su viaje espiritual. El «maestro supremo» Ibn 'Arabi l' el andaluz, que murió en Damasco en el siglo XIII, describió la biografía de algunos de ellos en su obra dedicada a nuestro personaje, la Vida de Dhu l-Nûn de Egipto.

Pero procedamos con orden. En el episodio al que nos referimos, el problema de la soledad se ilustra gracias a un encuentro con un ser aún más solitario que Dhu l-Nûn, una esclava negra que toca el laúd: Su`ûd.

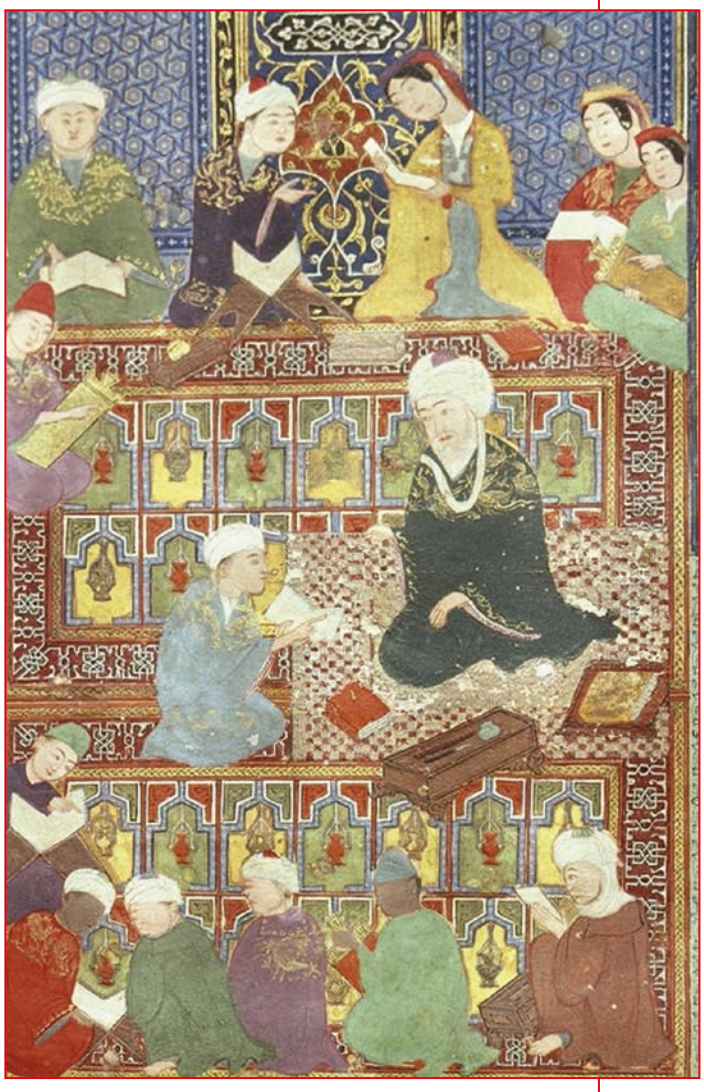
Cuenta Dhu l-Nûn que pasó un año retirado en un bosque, alimentándose de plantas silvestres y bebiendo de las fuentes. Él describe su estado como una plenitud espiritual indescifrable, que descubrió sin embargo frágil el día en que un gemido, procedente de una cueva en el bosque, le recordó la fraternidad humana. Era como una presa de un rapto, incapaz de oponerse, y se encontró cerca de una sombra oscura, que envolvían leones feroces, sin dañarlos. Se acercó y vio a una mujer negra. Se acercó de nuevo y los leones escaparon. Ella lo llamó por su nombre, como si lo conociera de siempre. «¡Dhu l-Nûn! Para el que tiene intimidad con Dios, sin relación con lo que Dios no es, todo es amigo, pero todo lo evita aquel que tiene nostalgia de su especie, en cuyo corazón se penetran los sentidos!». No era la primera vez que se encontraba con una misteriosa figura femenina en su camino, y no era la primera vez que una figura así lo reconocía, llamándolo por su nombre. Ya le había sucedido cerca de Antioquía, donde una joven sierva loca, vestida de lana, lo había interrogado acerca del trabajo espiritual. En otra peregrinación, una mujer viandante le había reprochado por haberse presentado ante ella como un «extranjero»: ¿existe «ajenidad» junto a Dios?

Su`ûd continuó: «Dhu l-Nûn, érais tú y él, ¿por qué me has puesto en medio de vosotros dos?» Se volvió hacia los leones y les pidió que se quedaran. «Él es Dhu l-Nûn, no temáis». Dhu l-Nûn quería irse, la conciencia era demasiado fuerte y las lágrimas imposibles de contener. Pero ella le preguntó a dónde quería ir. Casi impotente, él respondió: «¿No es suficiente con lo que acaba de suceder?». Ella respondió: «¡No, querido amigo! Has buscado la intimidad con los otros por amor de la intimidad de Dios, y cuando los seres queridos se reúnen

en la memoria del Amado común, ¡no abandonan la intimidad del amor por esta razón!». Dhu l-Nûn se sentó con ella, se contaron el uno al otro sus respectivos exilios, el abandono de los hermanos y hermanas, sus retiros lejos de los hombres. Dhu l-Nûn describe así su estado: «Caminábamos como borrachos, me preguntó sobre el motivo de mi conversión a Dios y le conté mi historia, y yo le pedí, a su vez, que me contara la suya». Y ella contó su historia. Su`ûd era una esclava que pertenecía a un poderoso visir en la corte del califa en Bagdad. A este visir le encantaba beber y organizaba fiestas y banquetes durante los cuales ella cantaba y tocaba, y la vestía con la ropa que más le gustaba. Durante una de estas fiestas, alguien llamó a la puerta del palacio. Antes de abrir, preguntaron quién era. «¡Un pobre que ha venido a pedir algo en nombre de Dios!». El visir accedió. «¡Déjalo entrar, que se sirva según su deseo!». Pero el pobre se negó a avanzar, por celo y escrúpulos, en un lugar donde se bebe y las esclavas bailan y tocan. «¡Dadme de comer aquí fuera, si no queréis que me vaya!». El visir en persona le llevó un plato de comida y un plato de fruta, pero el pobre le ordenó que se lo tomara. El visir se impacientó: «¡Ya basta con estas manías! ¿Cómo te atreves?». «Si te parezco malcriado», respondió el pobre, «sabed que Él me consiente aún más que esto». Cuando escuchó las palabras del mendigo, Su`ûd gritó a su patrón: «¡Este tesoro es para ti, no lo dejes escapar!» Él la miró: «Si has entendido esto, significa que el tesoro es para ti. No volverás, ¿verdad?». «Así es», dijo, «no volveré».

Dhu`nûn se despidió para regresar a su retiro, pero no podía dejar de pensar en ella y en su historia. La echaba de menos. Trató de viajar, pero la peregrinación lo llevaba de vuelta al lugar de su encuentro, y ella ya no estaba allí. ¿Cómo volver a encontrarla? Se dijo que, si había un lugar digno para reunirlos, solo podría ser la morada sagrada de Dios en La Meca, durante la peregrinación anual. No la encontró en Kaaba, se dirigió entonces hacia la mezquita donde descansa el profeta, en Medina, donde él, el Amado, supo reunir los amantes. Y de hecho la encontró allí. Cuando ella lo vio, le dirigió la palabra, una palabra severa: «¡Te he visto caminar en torno a la Kaaba, pero era en torno a mí que dabas la vuelta! Quería hablar contigo, pero algo me impidió hacerlo y me empujaron hacia la mezquita del profeta. Finalmente, ahora puedo hablar contigo. Dhu l-Nûn, ¿qué has aprendido de tus viajes?». Él respondió: «Estar satisfecho con Él, saber cómo aceptar la cercanía o la distancia, la unión o el exilio, la pobreza o comodidad, la gloria o la humillación, la vida o la muerte». Su`ûd le dio una última enseñanza. «No habrías podido estar satisfecho con Dios si antes Dios no hubiera estado completamente satisfecho contigo». Y recitó un versículo del Corán, repetido en varios pasajes del libro: «Dios se complace con los hombres, y por eso los hombres se complacen con Él ...». Por supuesto, el texto sagrado coloca esta mirada de gracia en la otra vida, pero Su`ûd sabía que las cosas del espíritu no tienen tiempo, o más bien, que el tiempo y el espacio son reflejos contingentes de la eternidad. «Dhu l-Nûn, desde que nos encontramos, en nuestro retiro, no deseo nada más que conocer a Dios, pero no tengo ningún mérito del que poder presumir en su presencia, te suplico, implóralo por mí, ¡que me aceptes!». Una voz invisible irrumpió, y solo Dhu l-Nûn escuchó: «¡No lo hagas! Ella pertenece a Dios que ama escuchar su gemido, no te interpongas entre ellos». Entonces se dio cuenta de qué era ese gemido que lo había sacado de su soledad con Dios o, mejor dicho, entendió que ese gemido, en realidad, nunca lo había hecho salir de la soledad con Dios. «Dhu l-Nûn, ¿no rezas por mí?». «No, no puedo entrometerme entre el amante y el amado». Se separaron, y la historia no nos dice si alguna vez se volvieron a encontrar.

La historia de Su`ûd, la mujer negra que tocaba el laúd, maestra de Dhu l-Nûn, es paradójica porque enseña a buscar el conocimiento en lo humano, pero nunca separado de Dios, en una unión que solo la pobreza, la indigencia y la tristeza pueden llevar a cabo. No un lugar de trascendencia, el templo de la Kaaba, podría reunirlos, sino la presencia humana del profeta, en la que la tradición reconoce al amante perfecto. La historia de Dhu l-Nûn es extraordinaria y se pierde en la leyenda. Pero para concluirla, los antiguos biógrafos buscaron cuáles fueron sus últimas palabras. En una versión, dijo: «¡Conocerlo, incluso solo un momento antes de morir!». Hay una parte de la enseñanza de Su`ûd, en este testamento espiritual.



«Layla y Majnun en la escuela» (Nezami, Khamsa, 1476)

Fatima bt. Asad después de entregar a su hijo, 'Ali (a), saliendo de Ka'ba

La madre espiritual de Ibn ‘Arabî

Fátima bint Ibn al-Muthanna vivió en Sevilla como maestra de sabiduría

de SAMUELA PAGANI

Conocemos a Fátima bint Ibn al-Muthanna, una mujer santa que vivió en Sevilla entre los siglos XII y XIII, gracias solo a uno de sus discípulos más destacados, el gran místico Ibn ‘Arabî (que murió en 1240), que dejó el retrato de esta su madre espiritual en tres de sus libros. En dos de ellos, Ibn 'Arabî la recuerda entre los profesores que frecuentó en Andalucía en la primera parte de su vida. El tercero es su obra principal, Las revelaciones de la Meca, escrita después de su partida hacia el oriente musulmán. En el capítulo sobre el amor de este libro, del que se extrae la siguiente traducción, Ibn ‘Arabî recuerda muchos ejemplos literarios famosos de hombres y mujeres secuestrados por el amor de Dios, tomados de la literatura hagiográfica. Sin embargo, Fátima es la única contemporánea de la que se evoca la experiencia vivida en este contexto, una experiencia estrechamente entrelazada con la del autor mismo. El episodio, único en esta versión, del encuentro entre sus dos madres, la espiritual y la terrenal, da una idea de cuánto ha contado la relación con esta anciana maestra en su formación espiritual y en su vida afectiva.

Fátima aparece aquí, con más de noventa años, rodeada de discípulos que la sirven con devoción filial y de mujeres que la consultan sus necesidades. Como muestran los retratos paralelos que Ibn ‘Arabî dio de ella en otros libros, en años anteriores, su pobreza y su condición de mujer «locamente enamorada de Dios» la habían expuesto al desprecio y la habían hecho considerar una “idiota”. Una vez, el muecín de la gran mezquita de Sevilla incluso la había golpeado con su bastón la noche de la fiesta del Sacrificio. Fátima se disgustó con él, pero oró a Dios para que no lo castigara. A continuación, el muecín se topó con la ira del sultán, pero éste se conformó con darle una bofetada renunciando a darle un castigo más severo. Fatima comentó: «Si no hubiera intercedido para que su pena fuera aliviada, habría sido asesinado». El extraordinario «rango» de Fátima se manifiesta, cuando ya era una “vieja” (en árabe ‘ajûz, de una raíz que expresa debilidad e impotencia), en su poder de «dar forma» a la sura llamada Fâtiha (la que abre). Más allá del uso taumatúrgico de la oración, este prodigio eclipsa otro nivel de significado. Como Ibn ‘Arabî explica en el capítulo de Revelaciones de La Meca sobre los secretos de la sura de apertura, uno de sus nombres es «madre del libro» (umm al-kitâb), no solo porque es la oración que inaugura el Corán, sino porque es el símbolo de la matriz de la cual el libro tiene origen en el mundo divino. La oración que está al servicio de Fátima es la personificación de una realidad trascendente, hecha posible por la fuerza creadora de la recitación de la santa. La misión que Fátima confía a la oración, impedir al marido de una devota que tome una segunda esposa, impide el cumplimiento de un acto perfectamente legítimo desde el punto de vista de la ley islámica, pero injusto en la medida en que causa división y sufrimiento.

La intervención de una mujer santa en favor de otra mujer en una situación similar tiene un paralelo en el retrato de Hukayma de Damasco, una santa que vivió en la primera mitad del siglo IX. Como cuenta su biógrafo Sulami (murió en 1021), un día una discípula de Hukayma, cuyo nombre significa “pequeña sabia” o “pequeña filósofa”, fue a visitarla y la encontró leyendo

el Corán. Apenas entró, la maestra la miró y la dijo: «Me he enterado de que tu marido ha decidido tomar una segunda esposa». «Así es», dijo la otra. Hukayma continuó: «Si, como dicen, él es un hombre de sabiduría, ¿cómo puede aceptar que su corazón se distraiga de Dios al comprometerse con dos esposas? ¿Conoces la interpretación del versículo: "El día en que de nada servirán riquezas e hijos y solo valdrá quien haya llevado a Dios un corazón sincero", [Corán 26.89]?».

«No», respondió la otra. «Su interpretación», continuó Hukayma, «es que se encontrará con Dios cuando en su corazón no haya nada excepto Él». Luego, la mujer le dijo que después de oír estas palabras, comenzó a caminar por los callejones de la ciudad, meciéndose por la felicidad, con tal transporte que temió que la gente pensara que estaba borracha. Esta mujer a su vez era devota. Se llamaba Râbi'a bint Ismâ'îl, y como la más famosa Râbi'a al-'Adawiyya de Basra estaba afiliada a la misma tribu. Su esposo también era un devoto famoso, pero por voluntad de ella su unión era casta. En este caso, el segundo matrimonio no se frustra, pero la respuesta de la "pequeña sabia" afirma la superioridad espiritual de la esposa sobre su marido, y también la primacía del núcleo espiritual del Corán con respecto a sus partes normativas.

A la izquierda está "Fatima Bint Al-Mutanna". Ambos fueron creados en 2006 utilizando grafito, témpera, acrílico, pan de oro y óleo sobre madera y se muestran en las paredes internas de la 'Casa de Sefarad' (Museo Histórico Sefardí) en Córdoba, España.

Ibn 'Arabî, *Las revelaciones de La Meca*, del capítulo sobre el amor (bâb al-mahabba)

Entre las mujeres dotadas de amor y sabiduría, personalmente he conocido a una de ellas, a quien he servido como discípulo en Sevilla. Se llamaba Fátima, hija de Ibn al-Muthanna el cordobés. Cuando yo estaba a su servicio tenía más de 95 años, pero me daba vergüenza mirarla el rostro porque, a pesar de su edad, tenía las mejillas sonrosadas y la belleza fresca de una chica de catorce años en plenitud de su gracia.

Tenía un estado espiritual con Dios.

Me prefería a todos los demás discípulos que la frecuentaban. Decía: «Nunca he visto a alguien como él: cuando viene a mí, viene con todo su ser, sin dejar ninguna parte de sí mismo afuera. Y cuando se va, se va con todo su ser, sin dejar atrás ninguna parte de sí».

La oí decir a menudo: «Me sorprendo de los que dicen que aman a Dios pero que no tienen alegría. Cuando Él es objeto de testimonio, el ojo lo contempla en todo, sin que Él desaparezca ni siquiera en un abrir y cerrar de ojos. Aquellos que siempre están llorando, ¿cómo pueden pretender amarlo? ¿No están avergonzados? Si están más cerca de Él que de cualquier otra persona — porque nadie está más cerca de Él que el amante que lo contempla— ¿qué es lo que lloran? ¡Esto es realmente una gran extrañeza!». Después me decía: «¿Qué estás diciendo, hijo mío, de lo que estoy diciendo?». Y yo le respondía: «Es como dices, madre mía».

Una vez dijo: «¡Extraño! Mi Amado me ha donado la sura que abre el Libro (Fâtihat al-kitâb): está a mi servicio, sin embargo este poder no me distrae de Él». El día que me dijo esto, supe qué rango había alcanzado esta mujer. Mientras estábamos sentados allí, una mujer vino y se dirigió a mí. «Hermano — me dijo — escuché que mi esposo, que ahora se encuentra en Jerez de la Frontera, se va a casar allí con otra mujer. ¿Qué piensas?». Le dije: «¿Quieres que regrese?». «Sí», respondió. Me volví hacia la anciana y le dije: «Madre, ¿no has escuchado la petición de esta mujer?». Dijo: «¿Y qué es lo que quieres, hijo mío?». Dije: «Que su deseo se cumpla de inmediato, y el mío, que su marido regrese». «¡A las órdenes!», dijo ella. «Enviaré inmediatamente la sura inicial para tomar al marido de esta mujer». La sura de apertura tomó forma mientras lo recitaba conmigo. Supe el rango al que había llegado cuando vi que con su recitación creaba un cuerpo aéreo que podía mandar donde quisiera. Después de que le dio forma, escuché que le decía: «¡Oh, sura inicial, ve a Jerez y tráeme al esposo de esta mujer! ¡No lo dejes hasta que lo hayas recuperado!». El hombre salió a Jerez en ese mismo momento, llegó en el estricto tiempo necesario para hacer el viaje, y se reunió con su esposa.

Fátima estaba encantada de tocar la pandereta y lo hizo con gran alegría. Cuando le pregunté el motivo, me dijo: «Estoy celebrando por Él, porque me ha cuidado, me ha dado un lugar entre sus amigos y me ha tomado a su servicio exclusivo. ¿Quién soy yo para que este gran Señor me prefiera a mí que a mis semejantes? ¡Qué orgulloso está mi Compañero! ¡Es una envidia indescriptible! Cada vez que lo he descuidado para ganarme la vida con un trabajo, me ha sorprendido con un desastre mientras me mantenía ocupada». En este sentido, me ha hecho ver cosas extraordinarias.

Estaba constantemente a su servicio. Le construí con mis manos una cabaña de juncos tan alta como ella, donde vivió hasta su muerte. Me decía: «Yo soy tu madre divina, y Nur es tu madre terrenal». Y cuando mi madre venía a visitarla, la decía: «Nur, él es mi hijo y tu padre. ¡Hónralo y no le desagrades!».

Una mujer polo de los polos

Â´isha al-Mannûbiyya, la santa más venerada en Túnez, es una figura paradójica

de NELLY AMRI

Dentro del santuario de al-Sayyida al-Mannûbiyya en Manouba

Dios ha hecho de mí la diadema de los santos, el Polo de los polos.
He recibido un pacto de Dios de que ninguna de las personas de mi siglo entrará al Infierno, a Dios no le gusta; porque entre los que merecieron el fuego, yo diré a Dios: tómame en su lugar, y que Dios no quiera decepcionarme.
Yo soy el vicario de Dios en la tierra.
Dios me ha ofrecido oro, plata y rubíes. Le dije: «Tu rostro, Señor, es mejor que todo esto».

Â'isha al-Mannûbiyya (murió en 1267), "secuestrada" en Dios y hoy la santa más venerada en Túnez, es una figura paradójica de santidad. En la vida provocó la reprobación de los juristas y se arriesgó a ser condenada por su transgresión de las normas sociales, su celibato y su relación con los hombres. Santificada por algunos, vilipendiada por otros, 'Â'isha, desde el siglo XIV, sin embargo, habría conocido una notoriedad y luego un culto nunca negado hasta hoy; los dos santuarios (zâwiya) dedicados a ella (uno en Túnez, el otro en Manouba, donde nació, a pocos kilómetros al oeste de Túnez), continúan atrayendo fieles, devotos y personas de paso. Llamada al-Sayyida (la Señora), sin ningún otro signo de identidad, 'Â'isha es, a imagen de los santos, "enloquecida en Dios", reacia a cualquier intento de encerrarla en una historia biográfica, en una trayectoria de vida lineal y reconocible. Además, el personaje histórico tiene poca consistencia. Esta santa, venerada tanto por la gente común como por las élites del poder y el conocimiento, la conocemos gracias a una hagiografía (manâqib, literalmente "cualidad, virtud, acciones encomiables"). El autor anónimo del texto, escrito con toda probabilidad en el siglo XIV, era imâm de la mezquita de Manouba y, como muchos autores de las obras de manâqib, también se vertió en las ciencias exotéricas y esotéricas. Esta hagiografía, cuyo texto ha conservado una cierta estabilidad a lo largo de los siglos, no ha dejado de copiarse desde el siglo XIV. Por su número, por los actos de donación a la gran mezquita de al-Zaytuna, muchos de ellos por parte del Bey (Rey) de Túnez y los más altos dignatarios del estado, por su carácter preciso y a menudo único de la tradición manuscrita relacionada con la santa, las copias que nos han llegado dan fe de la gran veneración que se le atribuye.

'Â'isha tiene unos veinte años cuando los Hafsidi comienzan a gobernar por cuenta propia la Ifriqiya y fallece diez años antes del final del reinado de al-Mustansir (1249-1277), que oficialmente asume el título del califato y prolonga el período de paz, seguridad y desarrollo económico inaugurado por su padre Abû Zakariyyâ'. En el nivel religioso, se afirman cada vez más el sufismo y el malikismo. Nacida entre 1198 y 1199 en Manouba, 'Â'ish es considerada una loca y atrae sobre ella la ira y el escarnio de las personas que la rodean. A la edad de doce años recibió la visión de al-Khadir (el iniciador de los santos y profetas, en el que generalmente se reconoce la figura coránica del sura 18,65.82), que se presenta con las características de un joven: «Tú estás inscrita en mis registros desde hace tres mil años», dice. La niña se asusta. Para finalizar con los chismes, su padre decide darla en matrimonio a un primo carnal; 'Â'isha se niega y deja su país natal para establecerse en Túnez, la capital de los Hafsidi, en una especie de caravasar, cerca de una de las puertas de la ciudad, Bâb al-Fallâq, en los suburbios del sur. Si su hagiografía recuerda sus retiros piadosos en Jebel Zaghouan (al sur de Túnez, a lo largo del camino que lo une con Kairouan), en compañía sobre todo del discípulo más citado en sus Manâqib, 'Uthmân al-Haddâd, o incluso su deambular entre las tumbas, lo que nos muestra es por tanto una santa que vive entre los hombres y escucha sus sufrimientos, y que frecuenta los lugares importantes del sufismo tunecino de la época. No parece que haya ejercido una actividad económica; habría vivido de las donaciones de sus contemporáneos, que redistribuía como limosnas a los más pobres. No sabemos si hubo un maestro en su camino; sin embargo, sus Manâqib le dieron una genealogía espiritual en la que aparecen Junayd (murió en 910), Jîlânî (muerto en 1165), Ibn al-Fârid (muerto en 1234-1235) y al-Shâdhilî (muerto en 1258), santos que 'Â'isha ha "visto" durante las visiones, que la han advertido del camino y le han transmitido el poder para ejercer el papel de guía es-

piritual. ¿Quizás se está tratando de reconectar a una santa que fue vivamente desafiada en vida, con los santos más antiguos y ya consagrados? En cualquier caso, si su iniciación por obra de Shâdhilî, el fundador epónimo de la calle sufí Shâdhiliyya, tan a menudo supuesta, carece de consistencia histórica, ‘Â’isha ha tenido de todos modos contacto con los compañeros del maestro, algunos de los cuales se mencionan en su hagiografía. Murió a la edad de setenta años, en 1267, y fue enterrada en Túnez, en el ahora desaparecido cementerio de Sharaf (actual plaza Gorjani), que domina la Sabkha Sijoumi.

La hagiografía de ‘Â’isha está llena de discursos estáticos, donde la función cósmica y escatológica atribuida a la santa es claramente visible, en una época en la que el walâya (término genérico que designa la santidad en el islam) es ahora más que nunca, sobre todo con los escritos de Ibn ‘Arabî (muerto en 1240), el heredero de la profecía y los santos herederos de los profetas, en particular del profeta Mahoma. En las audaces palabras de orgullo que le atribuye su hagiografía, la santa declara que ha aprendido el Corán de Dios mismo; en la hagiografía islámica muchos santos ven el texto revelado “descender” en sus corazones, a imagen del profeta, sin haberlo aprendido nunca de un maestro. Del mismo modo, ‘Â’isha declara haber recibido del arcángel Miguel y al-Khadir una bebida paradisiaca gracias a la cual se le concedieron nueve virtudes: ciencia, paciencia, certeza, recogimiento, humildad, bendición, ternura de corazón, castidad y protección (frente al pecado). María, el arquetipo coránico femenino de la santidad por excelencia, está muy presente en la hagiografía de ‘Â’isha, que reclama un triple vínculo mariano, de gratificación, de purificación y de elección. Al igual que María, Dios la eligió y recibió la visita del Espíritu de santidad en el que la exégesis reconoce al misterioso iniciador de Moisés (Corán 18,65).

En cuanto a su legado profético, por cada profeta mencionado (Noé, Adán, Seth, Abraham, David, Salomón, Moisés, Jesús y Shu’ayb), ‘Âisha reivindica «la totalidad de su herencia», imitando en esto al profeta Mahoma que contiene en sí la totalidad de los tipos proféticos e integra en su persona las virtudes específicas de cada uno de ellos (Ibn ‘Arabî). En cuanto a la herencia de Mahoma en sentido estricto, la santa declara haberla recibido del propio profeta, en lo que se parece mucho a una escena de investidura acompañada de su ritual de iniciación, en el cual Mahoma asume el papel de maestro espiritual. ‘Âisha se proclama varias veces “polo de los polos” (qutbat al-aqtâb; obsérvese, entre otras cosas, la feminización de la palabra) y “vicario de Dios” (khalîfat Allâh). La hagiografía nos ofrece incluso una escena de entronización en esta estación de “polo”, durante la cual la señora ‘Âisha recibe de una asamblea de santos un pacto de fidelidad. Ahora, en Ibn al-Fârid (fallecido en 1234-1235), el polo de los polos (el más alto grado de santidad en el islam), este axis mundi alrededor del cual giran todas las realidades existentes y todos los polos, y que es enviado como misericordia a los universos, es la «realidad» o «esencia» de Mahoma; la lugartenencia (khilâfa) es uno de los otros nombres del qutb y una de sus funciones principales. El reconocimiento, en el siglo XIV, de esta dignidad para una mujer es una importante señal, aunque Ibn ‘Arabî en su Futûhât («Las revelaciones de La Meca») ya se había convertido en apóstol de una igualdad perfecta en este nivel entre los hombres y mujeres «que participan en todos los grados, incluida la función de polo».

La práctica religiosa y social atribuida a ‘Âisha la acerca más a “los de la culpa”, los ahl al-malâma, cuyo estado está oculto. Los santos raptados, literalmente “llevados”, a la imagen del profeta que Dios hizo viajar de noche, tienen su ser completamente absorto en el amor, que les quita toda voluntad propia: «Desde hace setenta años

mi corazón está ausente en Dios», dice ‘Âisha. El “raptado” está completamente extinto a sí mismo, perdido en la presencia divina. En el sufismo, estos santos están protegidos por el velo de la locura (junûn); Dios celosamente los reserva para Sí mismo como un servidor, y por lo tanto son «ignorados entre las criaturas». Pero también son una representación de la misericordia divina.

Si la Señora de Túnez presume de haber llegado a la estación de proximidad a Dios, su hagiografía también exalta su compasión por los contemporáneos, a cuyo rescate va y cuyas peticiones, gracias a su intercesión, son respondidas. Así se narran los cincuenta y dos prodigios en vida y post mortem, entre los que se encuentran: curación, liberación de prisioneros, lluvias benéficas, ayuda en indigencia material, protección de viajeros y desertores, predicciones, restitución de facultades mentales y más. Es invocada por personas de todas las condiciones, incluso por estudiosos, juristas o altos funcionarios. La dimensión soteriológica también está muy presente en esta santidad. El autor de los Manâqib también le atribuye a la santa un cierto número de oraciones y exhortaciones; el ideal de santidad que emana de esta enseñanza espiritual está hecho de la renuncia al mundo, de la humildad y del ascetismo constantemente habitado por el Recuerdo, el recuerdo permanente de Dios, cuya práctica es muy recomendable. Una santidad de observancia escrupulosa en la que el envilecimiento del alma carnal, la lucha contra sus deseos vanos, la muerte de los sentidos, la invitación a la oración sobre el profeta y el respeto de su sunna (hechos, actitudes y dichos) ocupan un lugar central.

Por muy luminosa, y por muchos aspectos singulares que haya tenido la santidad de ‘Â’isha al-Mannûbiyya en el panteón hagiológico de la ’Ifriqiya, la señora de Túnez no ha sido la única mujer a la que los contemporáneos han reconocido las virtudes de santidad. Ciertamente, las santas del islam no se han beneficiado del mismo interés reservado para los santos; sin embargo, la producción biográfica saca a relucir grandes figuras de la santidad femenina y atestigua el reconocimiento de estas santas, veneradas en el mismo título que los santos, más allá de las tensiones inherentes a su condición de mujeres o inspiradas por formas de santidad a veces desorientadoras. Que una mujer, además una “secuestrada” en Dios, encarne en los ojos de sus contemporáneos, y bajo la pluma de un jurista e imâm, los grados más altos de la jerarquía espiritual, no dejará de cuestionar cuántas personas se preguntan sobre el lugar de las mujeres en el islam y, más en general, en la espiritualidad universal.

Dorothy Day

DE MARIA CLARA LUCCHETTI BINGEMER

Dorothy Day nació en Nueva York en 1897. Pasó la mayor parte de su infancia y juventud en Chicago. Allí estudió durante dos años en la Universidad Urbana Champaign de Illinois, antes de regresar a Nueva York con su familia en 1916.

En Nueva York, Dorothy encontró trabajo como reportera para *The Call,* el único periódico socialista de la ciudad. Luego trabajó para la revista *The Masses*, que se opuso a la participación de los Estados Unidos en la guerra que azotó Europa y se cerró en septiembre de 1917. Ese noviembre, Dorothy Day fue detenida porque estaba entre las cuarenta mujeres reunidas frente a la Casa Blanca para protestar contra la exclusión de las mujeres del derecho al voto.

En Nueva York, la joven periodista llevó una vida muy inquieta, bohemia. Comenzó una relación con un periodista mujeriego, Lionel Moise, de quien se enamoró locamente. Ella quedó embarazada y abortó. Fue una experiencia dolorosa que la marcó para siempre. Pensó que se había vuelto estéril y que nunca más podría tener hijos. Tuvo otras relaciones, pero no podía olvidar a ese don Juan irresponsable que reaparecía de vez en cuando en su vida.

Más tarde conoció un amor más maduro, con el que realmente vivió un período de mayor estabilidad emocional y afectiva. Su nombre era Forster Batterham y era botáni-

co. Con él contrajo una unión civil estable. Vivían en Staten Island, en una casa con vistas al mar. Con Forster, Dorothy aprendió el amor por la naturaleza. Y un día se sorprendió al encontrarse embarazada. En un proceso de renacimiento interior y alegría intensa, tuvo una hija a quien le dio el nombre de Tamar Theresa.

Ese nacimiento fue la culminación de su encuentro con la felicidad, gracias a la relación con Forster y, al tiempo, un llamado definitivo a ver en Dios el centro de su vida: «Ninguna criatura humana puede recibir o contener una inundación tan fuerte de amor y alegría como la que a menudo experimenté después del nacimiento de mi hija; vino de ahí la necesidad de alabar, adorar».

Su ideología, su militancia y todo lo que había aprendido y vivido hasta ese momento generó en ella un gran conflicto interno entre la llamada de Dios y las rupturas que esto le exigía. La llamada de Dios prevaleció sobre todo lo demás y Dorothy, con la inmensa gratitud que llenaba su corazón, decidió que la elección correcta era bautizar a su hija en la Iglesia Católica. «No quería que mi hija debatiera y tropezara en la vida como tantas veces había debatido y tropezado yo. Quería creer, y quería que mi hija creyera, y pertenecer a una Iglesia podía ofrecerle una gracia tan inestimable como la fe en Dios y la compañía amorosa de los santos; entonces lo que tenía que hacer era bautizarla como católica».

Tamar Theresa fue bautizada antes que su madre. Dorothy esperó el 28 de diciembre del año del nacimiento de su hija para ser bautizada, después de una ruptura dolorosa y definitiva con Forster, debido al abismo religioso que se había creado entre ellos, que se hizo aún más profundo tras el nacimiento de Tamar Theresa. El precio que Dorothy tuvo que pagar por su decisión de bautizar a su hija y abrazar la fe católica fue enorme: el final de su unión con un hombre que amaba y la pérdida de varios amigos y compañeros.

Fue una revolucionaria coherente con lo que llamaba la revolución del corazón. Sus principales luchas fueron la justicia y la paz. Por ellas vivió y murió

Así comenzó una nueva etapa en la vida de esta extraordinaria mujer. Su personalidad, el ser portadora de un cuerpo femenino, habitado por deseos y acostumbrada a estremecerse de placer ante las caricias del hombre amado; un cuerpo que había generado, dado a luz y alimentado a su querida hija, que desde ese momento sería la fuerza de su vida; un cuerpo que después de la separación de la pareja tuvo que enfrentar la soledad y el peso de luchar como laica y madre soltera en una sociedad que discriminaba a las mujeres y en una Iglesia marcada por el machismo: todo esto selló, desde entonces, el destino de Dorothy. Pero será ese mismo cuerpo que vibre con compasión y solidaridad hacia todos los hombres y mujeres pobres e infelices que se cruzarán en su camino y hacerle experimentar como propios los sufrimientos del mundo y de la humanidad.

Después de separarse de Forster, conoció a Peter Maurin, el gran compañero y socio en su vida espiritual y en su trabajo apostólico. En él, Dorothy encontró un cristiano y un reformador con quien vivió una comunión de mente y sentimientos. En 1933 comenzaron juntos el Movimiento de Trabajadores Católicos (Catholic Worker Movement), que no solo publicó un periódico influyente, sino que también fundó numerosos albergues para atender a las víctimas de la Gran Depresión que había golpeado su país después del colapso bursátil en 1929. En esa época de su vida, Dorothy Day dio el paso definitivo de vivir como y con los pobres.

Temas como la justicia y la transformación de las estructuras sociales –consideradas por la Iglesia de sus años jóvenes como extrañas a la búsqueda de una salvación individual a través del crecimiento espiritual, separada de la responsabilidad por la organización del mundo– siempre la habitaron y ahora se confirmaban y daban sentido a su existencia. Vio claramente que no es suficiente luchar contra los efectos de la pobreza. La pobreza es un mal y debe ser erradicada. Por lo tanto, es necesario transformar la sociedad en la raíz. Reflexiones similares muestran que Dorothy Day, en la experiencia de su fe católica y su misticismo, recibe de Dios inspiración y conocimiento, lo que la sitúa aún más adelante de las reflexiones más avanzadas de los católicos de su tiempo.

Estas reflexiones, multiplicadas en sus escritos, la presentan como pionera de los movimientos que surgirían más tarde en la Iglesia. La conciencia del pecado social y la necesidad de soluciones estructurales en lugar de soluciones paliativas y fragmentarias, por ejemplo, habrían estado presentes en la teología de la liberación que estalló con fuerza en la Iglesia latinoamericana de los años setenta.

Dorothy Day fue revolucionaria, pero coherente con lo que ella llamaba «revolución del corazón». Sin duda era una mística, pero una mística fuera de lo común. En los años sesenta fue apreciada y alabada por los líderes de la contracultura, como Abbie Hoffman, quien la describió como la primera hippie, una descripción que le gustó y aprobó. Escribió apasionadamente sobre los derechos de las mujeres en los años diez, pero se opuso a la revolución sexual de los años sesenta, después de haber observado los efectos devastadores en los años veinte.

Consiguió mantener una actitud progresista en la defensa de los derechos humanos, sociales y económicos con un sentido muy ortodoxo y tradicional de la moralidad y la piedad católicas. Su devoción y obediencia a la Iglesia no fueron sin embargo ciegas o acríticas. Por ejemplo, condenó públicamente al general Franco durante la Guerra Civil Española, y esto le supuso la oposición de muchos católicos norteamericanos, religiosos y laicos.

Tuvo que cambiar el nombre de su periódico, «Catholic Worker» porque aparentemente «el término "católico" implica una conexión eclesial oficial, cuando ese no era el caso». Sus principales luchas fueron a favor de la justicia y la paz. Por ellas vivió y murió. Su peregrinación terrenal terminó el 29 de diciembre de 1980 en Maryhouse, Nueva York, donde murió entre los pobres.

La Iglesia necesita la mirada femenina para que el Espíritu pueda crear

Mujeres que viven en el

de NICLA SPEZZATI

Este espacio, que queremos dedicar a la vida consagrada femenina en la pluralidad de sus formas, se abre como el areópago en el que la rica traditio (bíblico-teológico-eclesial) y la experiencia multicultural de las mujeres consagradas se puede comparar con el temperamento provocador de una antropología femenina que cambia en su impacto con las culturas.

Areópago en el que deseamos que se encuentren fundamentos y prácticas de vida, visiones en proceso y prácticas en punto muerto para elaborar un pensamiento vivo, dúctil y fructífero según los principios, que tienen el sabor de los postulantes, presente en Evangelii gaudium (222-225). Nos referimos sobre todo al primero, el más querido por el Papa Francisco: «El tiempo es superior al espacio», enunciado por primera vez en la Encíclica Lumen fidei (57), retomada en la encíclica Laudato si' (178) y citada en la exhortación apostólica Amoris Laetitia (3 y 261) se revela como un principio dinámico, un vector de nuevos seminarios, un heraldo de raíces profundas.

Un postulado que también suena también para nosotras mujeres consagradas como una invitación a una lectura común amorosa y crítica sobre lo que significa hoy, para las mujeres, la vocación a la consecratio per evangelica consilia; una invitación a trabajar a largo plazo, sin la obsesión de resultados inmediatos, una invitación que ayuda a enfrentar situaciones de crisis con paciencia ante los cambios en los planes que impone el dinamismo de la realidad; asumir la tensión entre plenitud y límite; no cristalizar los procesos y no tratar de detenerlos, asignando prioridad al tiempo (ver Evangelii gaudium, 223). El tiempo ordena espacios, los ilumina y los transforma en anillos de una cadena en constante crecimiento, sin marcha atrás.

Las mujeres que viven según la consecratio per evangelica consilia habitan el mundo en la sucesión de días, probadas por una temporada agotadora. La disminución en la elección femenina para esta forma permanente de vida evangélica se muestra claramente en el hemisferio norte del mundo; los abandonos son más numerosos, y en general es afanoso vislumbrar el horizonte y la línea de meta. La crisis se muestra con igual evidencia, pero con diferentes connotaciones en el hemisferio sur, donde el número alentador de mujeres que acogen la invitación a un discipulado permanente en la forma del evangelio, corresponde a una variada red de dificultades de hermenéutica y formación en contextos culturales y multiculturales.

La complejidad que marca la división mundial de las sociedades actuales cuestiona la vida consagrada con múltiples peticiones: nos pide raíces vitales y una genialidad humilde para discernir qué es lo que le pertenece al espacio y qué se le ha confiado al tiempo. Se nos pide una obra de discernimiento ardua a partir de la cual dibujar un paradigma de vida: arraigar en la identidad de las mujeres un discipulado para el Reino que tenga el sabor de la verdad silenciosa del evangelio y de la pertenencia eclesial, en una sociedad inclusiva y en un contexto cultural interactivo.

Resuena el desafío de pasar de carreteras seguras, porque han sido recorridas durante mucho tiempo, a caminos nuevos y recientemente marcados. El Papa Francisco, en esta compleja época, se ha puesto junto a las consagradas y los consagrados, convirtiéndose en guía profética y compañero de viaje («yo sucesor de Pedro, consagrado como vosotros»); y ha mostrado constantemente una atención particular a la vida consagrada de su tiempo, mirando a las personas consagradas con amor pro-vocativo. Lo ha hecho desde el comienzo de su ministerio con invitaciones firmes y creativas, a veces cáusticas, como es su estilo. Invitaciones que se desvinculan de la rutina, de las seguridades de los carismas protegidos «como agua destilada embotellada», de jugar a ser profetas: la tradición y la memoria del pasado deben ayudarnos, recomienda Francisco, a tener el valor de abrir nuevos espacios a Dios. Quien, hoy, obstinadamente busca recuperar el pasado perdido, tiene una visión estática e involutiva. La fe se convierte en una ideología entre muchas otras. El Papa Francisco, continuando la bella obra de Benedicto XVI, sacude nuestra conciencia, llevándonos de nuevo al corazón de la Iglesia: los consagrados y las consagradas son una fortaleza en su visión.

¿Qué significa esto para nosotras, mujeres consagradas? La indicación de Francisco de privilegiar el punto de vista periférico encuentra un terreno fértil en las mujeres: para nosotras es natural "descolocarnos", es decir, tratar de tener los ojos de quienes miras, pensar en los que escuchan, adivinar el deseo de aquellos que desean, elegir los colores con los que otros quieren componer el arcoíris. Mirando más allá de las cosas que aparecen, más allá de las

mundo

heridas mostradas, más allá de los sentimientos que se dicen, más allá de las palabras habladas, nos pertenece.

Este espacio de reflexión nos invita, por lo tanto, a generar interrogantes fructíferos, procesos de pregunta y discernimiento que hagan un balance de los temas antropológicos y culturales que nos afectan. No eliminar el propio ser mujer, no olvidarlo, pero hacerle el centro de una reflexión específica debe ser un punto en la agenda de las mujeres consagradas, un desafío que proviene de María de Nazaret, una mujer colocada por el Espíritu, gratia plena, como modelo - puente entre las culturas femeninas. En el tiempo que vivimos es inevitable que comparemos la identidad de la mujer consagrada con las nuevas propuestas de identidad femenina inspiradas en la sociedad secular, de la que provienen las vocaciones jóvenes. Qué aspectos innovadores aceptar, cuáles someter a un escrutinio severo y en algunos casos incluso rechazar, juzgando que son conflictivos para una consagración permanente de la vida en el servicio de Dios, en el seguimiento de Cristo, constituye una tarea nueva e inevitable para las diversas formas de vida consagrada y en las instituciones de mujeres religiosas en la Iglesia. Una invitación también a una pedagogía adecuada.

Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en los procesos de la historia. Esto le da prioridad a las acciones que generan nuevas dinámicas en la paciencia y la espera. La Iglesia, dice Francisco, necesita el punto de vista de las mujeres para que el Espíritu pueda crear. En este espacio, las mujeres consagradas deben encender en el tiempo, procesos de pensamiento y práctica.

PABLO Y LAS MUJERES

La esclava poseída

Tanto el autor del libro de los Hechos como los biblistas la han ignorado por su condición

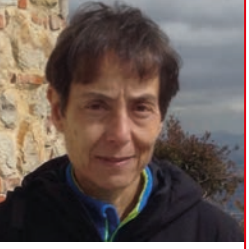
DE ESTHER MIQUEL

De entre los numerosos personajes con quienes se encuentra Pablo en el libro de los Hechos de los Apóstoles, la joven esclava poseída por un espíritu de adivinación (Hechos de los apóstoles 16,16-19) destaca por la poca atención que siempre ha recibido. Poca atención por parte del narrador, quien utiliza su brevísima aparición en el relato para dar razón del apresamiento de Pablo en Filipos, pero que luego se olvida totalmente de ella. Poca atención, también, por parte de los biblistas, quienes por lo general apenas se refieren a ella en sus comentarios, si no la ignoran por completo.

Este desinterés por el personaje está sin duda alentado por la actitud desdeñosa que Pablo, el protagonista del relato, tiene hacia ella. Aunque desde su primer encuentro con Pablo, la joven da constante y veraz testimonio de que él y su compañero Silas son siervos de Dios Altísimo y mensajeros del camino de salvación, el apóstol se desentiende por completo de sus palabras y de su persona, hasta que, harto de ser constantemente seguido por ella, la exorciza.

La esclava queda despojada del espíritu de adivinación, gracias al cual conseguía pingües ganancias para sus amos, y éstos, furiosos, denuncian a los dos apóstoles ante las autoridades de Filipos acusándoles de predicar costumbres incompatibles con la forma de vida de los romanos.

Si analizamos el relato desde una perspectiva narrativa, sorprende que después de la denuncia, ningún personaje vuelva a acordarse de la esclava. Aunque el exorcismo que Pablo ha realizado sobre ella es la causa inmediata de que los dos apóstoles sean castigados por las autoridades con una sesión de azotes y una noche en prisión, ni sus amos hablan de ella ante las autoridades, ni a Pablo se le ocurre mencionarla para justificarse o defenderse de la acusación.



La autora

Después de la licenciatura en matemáticas en la Universidad Complutense de Madrid, y un máster en Arts and Sciences en la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts), Esther Miquel pasó a los estudios filosóficos y bíblicos en la Universidad Pontificia de Salamanca y, en Jerusalén, en el Instituto Español Bíblico y Arqueológico y en la École Biblique et Archéologique. Desde 1999 concilia el trabajo en la Agencia Estatal de Meteorología Española con la investigación independiente del Jesús histórico y los orígenes del cristianismo.

Este silencio parece indicar que, en el contexto sociocultural del libro de los Hechos de los Apóstoles y sus lectores, la vida de una mujer esclava era tan irrelevante que nadie, ni siguiera un seguidor de Jesús, echaría de menos su presencia en el resto de la historia. De hecho, su breve intervención no parece tener otra función que la de enlazar narrativamente la conversión de Lidia (16,13-15) con la del carcelero (16, 25-34), y, quizás, introducir una nota de humor displicente en el relato.

Esta conclusión contradice, no sólo el carácter ejemplar que el comportamiento atento y misericordioso del Jesús terrenal debía, supuestamente, tener para sus seguidores, sino también las esperanzas y promesas de renovación religiosa y social proclamadas por muchos de los escritos neotestamentarios. Contradice el mensaje con el que comienzan los Hechos de los Apóstoles, cuando Pedro explica el comportamiento aparentemente descontrolado de los discípulos en Pentecostés refiriéndose a un oráculo de Joel en el que se anuncia la venida del Espíritu Santo sobre todo el pueblo. El oráculo parece haber sido elegido, precisamente, porque enfatiza el carácter extático y democrático de la intervención espiritual anunciada, que se manifestará por medio de sueños y visiones, incluso en personas socialmente insignificantes como los esclavos y las esclavas.

Ciertamente, Joel se refiere al espíritu del Dios de Israel y a esclavos y esclavas israelitas, no a esclavas gentiles poseídas por espíritus desconocidos. Sin embargo, el espíritu de adivinación que habla a través de la esclava de Filipos resulta ser un espíritu veraz que reconoce a Pablo y a Silas como auténticos siervos de Dios Altísimo enviados a proclamar el camino de salvación.

En este punto es preciso recordar que el monoteísmo judío antiguo, del que Pablo y el autor de los Hechos de los Apóstoles son herederos, no rechazaba la existencia de otros seres espirituales o sobrenaturales distintos del Dios de Israel. Dicho monoteísmo sólo exigía que esos seres no recibieran culto y no fueran considerados dioses, sino criaturas poderosas pero sujetas al único Dios, creador de todo cuanto existe. Aunque es verdad que algunos de esos seres espirituales o sobrenaturales eran capaces de oponerse a la voluntad del creador, muchos otros le servían fielmente como mensajeros e intermediarios. Y puesto que el espíritu profético de la esclava decía la verdad y, a diferencia de los espíritus impuros o malignos que aparecen en otros episodios de los Hechos de los Apóstoles (5,16; 19,13-16), no dañaba la integridad física o mental de la muchacha, no parece haber razón de peso por la que Pablo no pudiera reconocerlo como un espíritu leal al Dios único.

Para evitar cualquier desviación respecto a esta concepción de la divinidad, Deuteronomio 13, 2-6 ordena matar a cualquier profeta que, apoyándose en una predicción acertada, proponga el culto a otros dioses, y Deuteronomio 18,10-12 prohíbe la presencia entre los israelitas de adivinos, intérpretes de signos, magos y consultores de muertos. Sin embargo, ninguna de estas circunstancias se da en el caso que estudiamos. La esclava no anima a nadie a dar culto a otros dioses, ella misma no es israelita, y ni Pablo ni Silas le han solicitado un oráculo. Se trata de un signo gratuito procedente del mundo gentil que, de forma análoga a las señales celestes interpretadas por los magos de Oriente en Mateo 2,1-12, da testimonio veraz en favor del Dios único de los judíos. Es sorprendente que el mismo Pablo que ha ido a Filipos obedeciendo las indicaciones de un gentil vislumbrado en una visión nocturna (Hechos de los apóstoles 16,9-10) no conceda ningún valor al testimonio extático de la muchacha.

La actitud de Pablo es todavía más difícil de entender si tenemos en cuenta que, según los mismos Hechos de los Apóstoles (17, 23-31), el apóstol estaba dispuesto a aceptar que el Dios verdadero, no sólo se había revelado a Israel, sino que también se dejaba descubrir por el instinto religioso de los gentiles, como demostraba el altar dedicado por los atenienses al "dios desconocido". En otras palabras, si Pablo estaba dispuesto a ver en un dios al que los atenienses daban culto una manifestación velada del Dios verdadero ¿por qué no podía reconocer también en la proclamación de la muchacha gentil poseída una manifestación indirecta de ese mismo Dios?

Algunos exégetas intentan dar razón de la actitud de Pablo respecto a la esclava argumentando que expresa el rechazo al uso mercantilista de los poderes espirituales. Esta explicación es poco plausible. La esclava poseída proclama su mensaje sobre el Dios Altísimo y sobre la misión de Pablo y Silas fuera de cualquier contexto oracular, en lugares públicos y sin que nadie se lo hubiera requerido. En estas circunstancias, ni ella ni sus dueños habrían esperado beneficio material alguno por las palabras que el espíritu le inducía a pronunciar. Es más, el texto donde se narra el episodio ni siquiera sugiere que Pablo conociera el negocio de consultas oraculares que los dueños de la muchacha tenían organizado.

Así pues, a falta de explicación alternativa, la sugerencia propuesta más arriba, según la cual la causa del desprecio del autor de los Hechos de los Apóstoles y de su protagonista Pablo hacia el testimonio del espíritu de adivinación es la irrelevancia sociocultural de la persona poseída, se perfila como la más plausible.

No es infrecuente, en efecto, que un grupo humano rechace conocimientos útiles o valiosos por el mero hecho de que sus portadores pertenecen a colectivos

carentes de suficiente reconocimiento o valoración social. Esto era muy habitual en las sociedades agrarias y patriarcales del entorno mediterráneo, donde las categorías y valoraciones relacionadas con las construcciones sociales del género y el estatus estaban tan arraigadas que eran consideradas parte de la naturaleza de las cosas.

Las categorías y valoraciones sociales con las que el sistema patriarcal antiguo construía los conceptos de "varón" y "mujer" destacan por la rigidez de sus diferenciaciones, pensadas muchas veces como oposiciones, y por su marcado sesgo preferencial por lo masculino en detrimento de lo femenino. Las culturas patriarcales caracterizan a la mujer como menos racional que el varón, con menor capacidad de autocontrol, más propensa dejarse engañar por las apariencias y más vulnerable en general. Estas valoraciones negativas eran utilizadas para justificar su falta de derechos políticos directos, su reclusión en el ámbito de lo doméstico y su sometimiento al varón en la figura del cabeza de familia o del tutor.

San Pablo representado en la iglesia de los Santos Víctor y Corona en Rivalta (Turín)

Abajo, Catacumbas de los Santos Marcelino y Pedro (Roma)

Otra de las categorizaciones más determinantes de la estructura social antigua es la que oponía a libres y esclavos. Aunque todo el mundo sabía que las guerras podían arrebatar súbitamente la autonomía de una persona, el hecho de que el esclavo estuviera privado de su capacidad para decidir el curso de sus acciones le convertía, a los ojos de los libres, en un ser inferior, del que no se podía esperar un comportamiento auténticamente moral y, menos aún, honorable.

La joven exorcizada por Pablo en los Hechos de los Apóstoles es mujer y es esclava. Pertenece, pues, a uno de los colectivos más despreciados en el mundo antiguo y es seguramente esta total falta de estatus social lo que justifica, a los ojos del autor del libro y de sus lectores, la actitud desconsiderada de su protagonista hacia ella.

Encontramos aquí un fenómeno sociocultural que se repite una y otra vez en la trayectoria de nuevos movimientos religiosos: posibilidades de cambio impulsadas por el movimiento en sus orígenes quedan pronto frenadas debido a presupuestos culturales hondamente arraigados que continúan lastrando la mentalidad de muchos miembros. Esto se observa con frecuencia en movimientos que, como el Cristianismo naciente, fundamentan gran parte de sus creencias y prácticas en experiencias extraordinarias y fenómenos extáticos. El que estas experiencias y fenómenos se sometan con dificultad al control humano, junto con la convicción de que tienen un origen divino, los hace aptos para vehicular impulsos igualitarios y radicalmente innovadores: Si el dios o el espíritu inspira a quien él quiere y como él quiere, nadie puede pretender controlar sus revelaciones apelando a un cargo, un rango o una posición social. Sin embargo, en la medida en que entre los miembros del movimiento persistan valores culturales opuestos a esos impulsos de cambio, no cesarán de surgir líderes que pretendan frenarlos limitando el acceso a lo extraordinario o reservándose el derecho a interpretarlo.

El libro de los Hechos representa una fase de la historia del Cristianismo naciente en la que las experiencias extraordinarias y los fenómenos extáticos siguen teniendo gran valor y autoridad, pero el peso de ciertos presupuestos culturales relativos al género y al estatus empieza a contrarrestar su impulso democratizador.

Así, aunque muchas iniciativas y acontecimientos que hacen avanzar el relato tienen su origen en experiencias extraordinarias y fenómenos estáticos, el narrador no disimula su interés por limitar el acceso al poder espiritual emanado de los mismos a ciertos personajes cuya forma de liderazgo se quiere de este modo acreditar. Vemos, por ejemplo, que la comunidad de Jerusalén envía a Pedro y a Juan para que sean estos líderes concretos quienes, imponiendo las manos a los recién bautizados en Samaría, hagan venir sobre ellos el Espíritu (Hechos de los Apóstoles 8,14-17). En abierta oposición a la tradición evangélica (Marcos 9,38-40; Lucas 9,49-50), el autor de los Hechos no permite que unos exorcistas itinerantes cualesquiera utilicen el nombre de Jesús para liberar a un endemoniado (Hechos de los Apóstoles 19,13-17). Es decir, está más interesado en reservar el uso eficaz de este nombre a los líderes acreditados de su historia que en mostrar los beneficios que Jesús resucitado suele dispensar cuando es de este modo invocado.

Podemos concluir que la actitud de Pablo hacia la joven esclava en el libro de los Hechos de los Apóstoles indica que su autor está más interesado en reservar el privilegio de dar testimonio sobre el Dios Altísimo a unos apóstoles, descritos siempre como varones libres de comportamiento honorable, que en glorificar a ese mismo Dios por haberse dejado revelar a través de una humilde esclava poseída.

FORMACIÓN DE EXCELENCIA A TU MEDIDA

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA | Campus en Salamanca y Madrid

DESCÁRGATE LA APP DE LA UPSA

@upsa

@upsa.es

www.upsa.es

DOBLES GRADOS

- ✔ Ingeniería Informática + ADET
- ✔ Periodismo + Comunicación Audiovisual
- ✔ Publicidad y RR.PP. + Marketing y Comunicación

GRADOS: Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas / CC. de la Actividad Física y del Deporte / Comunicación Audiovisual / Enfermería / Fisioterapia / Ingeniería Informática / Logopedia / Maestro en Educ. Infantil / Maestro en Educ. Primaria / Mk y Comunic./ Periodismo / Psicología / Publicidad y RR.PP.

LICENCIATURAS: Derecho Canónico / Filosofía / Teología